

Valor Universal de Gregorio Marañón

Por Max. Olaya Restrepo

(Hace algunos meses falleció en su España —la España eterna que tanto quisiera él— este gran científico y gran escritor en cuyo homenaje publicamos el siguiente ensayo, enviado especialmente para nuestra Revista, que es un atisbo magistral sobre la vida y la obra del insigne hombre).

“Les hommes... ne pouvant être des saints... s'efforcent cependant être des médecins”. Esta cita del atormentado escritor francés Camus, conviene perfectamente bien a Gregorio Marañón. No pudiendo ser más que médico, lo fue en la plenitud del vocablo y de la vocación. Lo fue durante 50 años del siglo XX y alcanzó en este siglo la más grande altura, el prestigio más firme y duradero y dejó la obra más admirable y fecunda escrita por médico alguno, después de la obra y del apostolado cajaliano.

Pero es que además Marañón fue mucho más que médico. Quiero insistir en que nunca fue más grande que como médico, pero que fue además historiador, esteta, político, ensayista, conferencista erudito, académico titular y honorario dentro y fuera de España, lingüista y hombre de tipo y corte universales que constituyó un vivo renuevo del hombre renacentista del mil cuatrocientos.

Cuando el alumno Gregorio Marañón inicia en la vieja escuela española de San Carlos sus estudios médicos, España apenas se reponía de una triste y dolorosa etapa de su historia. Mutilada en los restos de su imperio colonial, víctima de conjuras internacionales, pobre y destrozada por las querellas intestinas, pero rica sin embargo en esencias humanas, exhibe con orgullo su generación de hombres del año 98, que la colmó de gloria literaria y sostuvo para ella el respeto internacional que como antigua potencia venía de perder en Cuba y en Filipinas.

En las ciencias biológicas, España ofrecía al finalizar el siglo pasado y en la primera década del presente, un duro contraste entre dos personalidades, que desde dos cátedras opuestas adoctrinaban a la juventud española: el inmortal sabio aragonés don Santiago Ramón y

Cajal y el famoso y curioso doctor Letamendi, en la Universidad de Barcelona. La historia, la ciencia y el respeto que estas dos disciplinas suscita, se han colocado definitivamente del lado de Cajal, olvidando ya casi del todo la obra letamendiana.

Marañón recibe estas dos influencias antagónicas y escoge sin vacilar la fecunda sombra del Maestro Cajal. Cuando Marañón es alumno de Cajal, ya éste tras de veinte años de infatigable labor había establecido en firme, con rotunda claridad y con inigualable belleza pictórica la urdimbre del sistema nervioso central, trabajos por los cuales obtuvo dentro y fuera de España, honores y condecoraciones que llegaron hasta el premio Nobel, primero que se concedió avaramente a la ciencia española. La obra de Cajal, eterna e inmovible, ha resistido medio siglo de acerbas y enconadas críticas de propios y extraños. La teoría neuronal del sistema nervioso, no fue aceptada sin duros bregos. Los histólogos alemanes nunca se han resignado a que no fueran ellos los descubridores del elemento fundamental del sistema nervioso y que no hubieran podido formular con la profundidad con que lo hizo Cajal, las leyes reguladoras del sistema.

Esta es la España de 1905 y estos los maestros que formaron a Gregorio Marañón.

Después del obligado contacto de profesor a discípulo, Marañón fue durante 30 años, uno de los más fieles seguidores del Maestro Cajal, quien profesó hacia él afectuosa admiración y esa amistad de 30 años culminó en la indisoluble unión de médico y paciente. En efecto Marañón fue el último médico que atendió las postrimerías de Cajal en 1935 y ha escrito en homenaje al Maestro uno de sus más luminosos ensayos: "Vida de Santiago Ramón y Cajal".

Marañón fue, pues, el legítimo heredero y sucesor de Cajal y para comprender la unidad profunda de la obra marañoniana hay que vincularla a Cajal y estudiarla paralela y simultáneamente con la de éste.

Al iniciar en 1909 su carrera médica, predominan en el mundo científico y en la práctica médica, las teorías pastorianas de la enfermedad infecciosa y se iniciaba la quimioterapia de las enfermedades infecto-contagiosas.

Desde sus primeros trabajos médicos, Marañón sigue recta y fielmente la línea cajaliana de la investigación que puede resumirse así: claridad, honestidad mental, consagración total y absoluta al fin perseguido, insaciable e infatigable curiosidad universal, terquedad y constancia invariables. Buscar, ensayar, echar a pique, repetir e intentar cientos de miles de veces, hasta encontrar el objetivo que había sido previsto en la hipótesis original de trabajo. No incurrir nunca en lo que Goethe anatematizó con el nombre de actividad o riesgo inútil.

Marañón expresará después en su ensayo sobre Cajal:

"La obra de Cajal no es un conjunto de descubrimientos que aún siendo trascendentes, pudieran haber sido obra del azar, sino un edificio científico armónico y completo, en el que cada hallazgo ha sido precedido de un razonamiento y todo el conjunto con su armazón de lógica y bloques de hechos definitivos, tiene la lograda unidad de

lo previsto, desde el día que por primera vez se sentó su autor a la mesa de trabajo”.

La obra de Marañón con ser cajaliana, como es todo lo que vale en la ciencia española del siglo XX, se aparta de los cauces de la de su Maestro, porque Marañón va siguiendo con fidelidad las curvaturas del devenir histórico, los cambios, mutaciones, transformaciones de la ciencia en el mundo, para cuyas infinitas corrientes tenía su exquisita sensibilidad y su espíritu crítico, abiertos y aireados, sin aduanas mentales o políticas de ninguna naturaleza.

Marañón es posiblemente el primero que vincula la pujante ciencia alemana de Ehrlich, de Virchow y de Koch, a la medicina española que padecía un grave raquitismo debido al aislamiento de las fronteras españolas. En 1914 viaja a Frankfurt para trabajar al lado de Ehrlich en la quimioterapia de la sífilis. El mundo científico es sorprendido por las “balas mágicas” del sabio alemán, quien había escrito que la terapéutica debería esterilizar completamente el campo infeccioso para poder ser eficaz. Las primeras aplicaciones de Salvarsán en el torrente circulatorio de los sífilíticos fueron realmente espectaculares y pueden calificarse sin exageración alguna como un momento estelar de la medicina universal. Porque la sífilis en esa época revestía terribles caracteres epidémicos y era una enfermedad de un terrible poder destructivo y estigmatizante.

Marañón sin embargo entrevió que la quimioterapia pura, destruía el parásito pero lesionaba también los tejidos y sospechó ya desde esa época que allí no estaba la solución definitiva de los problemas médico sociales de las enfermedades infecciosas. No se explica esa sorprendente intuición del Maestro español, sino recordando que había sido nutrido en las clásicas ideas que hacen de la enfermedad no un simple producto de la actividad de un agente infeccioso, sino que la interpretan como la respuesta o la reacción de un conjunto de tejidos vivos, jerarquizados por el sistema nervioso ante la acción irritante del microbio.

Cincuenta años después, la quimioterapia, si bien asombrosa, no llena sino una parcela del inmenso campo de las enfermedades.

Desde 1916 y por virtud de sus frecuentes contactos con la medicina transpirenaica, Marañón comprende e intuye que hay una nueva rama de la medicina muy poco conocida hasta ahora en España e incipiente en el resto del mundo: la endocrinología o ciencia de las secreciones internas.

Es toda una vasta zona del conocimiento médico, cuya stirpe original arranca de los estudios de Pierre Marie y de Brown-Secquard y en los momentos en que Marañón accede a ella se inicia su vigoroso desarrollo, pero está todavía llena de misteriosas incógnitas. Habían sido descritas pocas enfermedades endocrinopáticas: la acromegalia; el síndrome de Babinsky-Froelich; se había dado una interpretación endocrina de la diabetes glúcida, por el Profesor Falta de Viena, contemporáneo de nuestro sabio español, se discutía acaloradamente la filiación endocrina del hipertiroidismo, porque todavía trascendían al mundo científico las ideas geniales y dogmáticas de Charcot quien sostenía que la enfermedad de Graves-Basedow era una alteración del sistema

simpático, y justamente en 1917 hacía Harvey Cushing las primeras comunicaciones sobre la enfermedad que lleva su nombre, con las cuales abrió el intrincado campo de la fisiopatología hipofiso-suprarrenal, treinta años antes de Selye.

Las primeras publicaciones sobre endocrinología en España, llevan pues desde 1916 la firma del joven doctor Gregorio Marañón.

Qué es la endocrinología? Es una rama de clara stirpe humanística en la medicina. Es el neo-humoralismo o neo-hipocratismo. Se ocupa de las cuatro grandes realidades que atañen al hombre: el sexo y todos sus problemas y enfermedades; la reproducción, la conservación y el mejoramiento indefinidos de la especie; la formación somática del cuerpo humano y los trastornos neuro-endocrinos. Contemporáneos de Marañón son las grandes figuras de la endocrinología del mundo europeo que ayudaron a despejar esas misteriosas incógnitas: Nicolás Pende en Italia; Falta en Viena; Bernardo Houssay en La Argentina; Laqueur en los Países Bajos.

Todavía en esos tiempos la endocrinología es predominantemente clínica y no experimental como lo es ahora y se prestaba más al vuelo de la inteligencia.

La grandeza de la endocrinología no está en que sea un campo bien definido de la patología, de la clínica y de la terapéutica, sino en que es la ciencia y el camino que se acercan más al estudio de las funciones del sistema nervioso central, el cual indudablemente actúa a través de los humores y de las secreciones. Porque en la endocrinología es admirable ver que pequeñas cantidades de substancias provocan aceleración o frenación del crecimiento; que por la acción de las hormonas se reproduce y se transmite el sexo genético, que el temperamento depende estrechamente del influjo hormonal, que el carácter y el corazón del hombre se dejan influir por las glándulas endocrinas y finalmente de acuerdo con los estudios de Selye, casi toda la patología humana infecciosa, metabólica, tumoral, traumática y degenerativa puede explicarse, interpretarse y medicinarse con las tesis, las teorías y los instrumentos de la endocrinología. He ahí pues, la grandeza y la importancia de la ciencia de las hormonas.

Entre 1916 y 1923, Marañón escribe y publica al llegar casi a los 40 años una de sus obras médicas más importante y trascendentales: "La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales". La edición princeps aparece en 1923 y suscita de inmediato por la fuerza y la originalidad que la distinguen, candentes polémicas.

La tesis central de Marañón es la siguiente:

"Los problemas de la sexualidad eran para mí, desde hace muchos años un constante tema de estudio (estudio no teórico, sino inspirado por la observación cotidiana de las anomalías del instinto). Yo he adquirido la convicción de que una gran parte de estos problemas no pueden ser claramente elucidados sino partiendo de este principio: el sexo no es un atributo individual que tenga un valor inmutable, sino un valor evolutivo. La evolución de la sexualidad no sigue como la edad un ritmo uniforme; las fases sucesivas de su desarrollo se desenvuelven siguiendo una curva irregular en la cual se intercalan crisis.

“Nuestro conocimiento de la vida normal y patológica de los sexos se resiente toda ella del olvido de una verdad, conocida desde la antigüedad pero que el naturalista y el sociólogo no han mantenido presente en el espíritu con la constancia y la oportunidad necesarias; a saber: que masculino y femenino, no son dos valores formalmente opuestos, sino los grados sucesivos del desarrollo de una función única, la sexualidad que entre la infancia y la vejez se mantiene durante el período intermediario de la vida con diferencias puramente cuantitativas y cronológicas de un sexo al otro.

“Esta noción que ya desde Darwin aparece en la literatura científica, no llegó nunca a imponerse porque ella implicaba el reconocimiento previo de un hecho que chocaba contra las ideas reinantes en el estudio de la sexualidad: la necesidad de admitir una fase de sexualidad indiferenciada como punto de partida normal en todo ser humano”.

La evolución de la sexualidad es la principal obra sexológica de Marañón, porque encierra y contiene una teoría original del autor que él continuará defendiendo luego a lo largo de los segundos cuarenta años de su vida. Marañón crea en la base de los dos sexos, el primer estado de la sexualidad que es la intersexualidad. La intersexualidad no es un estado aberrante o patológico como el hermafroditismo. Es un estado funcional, una duda, una vacilación del ser entre los dos sexos. Un escoger, un querer participar de ambos en el momento en que la gónada debe encarrilarse por alguno de los dos.

Es la persistente acción de células perdidas de un sexo dentro del otro, que se traduce en rasgos, en gestos, en actitudes y cuando no más gravemente en decisiones que pueden marcar y afectar toda una vida y un destino en forma misteriosa e inexplicable. El hombre tiene células femeninas de ovario en el espesor de sus testículos y la mujer tiene células de macho en la fina textura de sus ovarios. Y además de las células se tienen también las hormonas correspondientes. Por ello lo hermoso de la teoría marañoniana, es que esos oscuros estados intersexuales hay que buscarlos y tratarlos en la conducta, en el comportamiento y no simplemente en el órgano exterior con el cual se cumple la función reproductora.

Nace aquí en Marañón el médico-escritor. Se ocupa de bucear en la historia y en la literatura europeas en procura de personajes con anomalías sexuales de la conducta para proyectar sobre ellos la luz del análisis biológico y endocrino que permite aclarar todas las zonas oscuras de sus vidas.

Jorge Federico Amiel el tímido sexopático; Enrique IV de Castilla el Doliente, tímido, intersexual, vacilante y cobarde ante la vida, engendró a su legítima heredera, pero no fue capaz de despejar la línea sucesoria del trono español.

Tiberio era además de tímido y de defectuoso sexual, un resentido y sirve a Marañón para escribir el más luminoso estudio del resentimiento como motor de los actos de los hombres.

En el estudio histórico de las personas y de los hechos de siglos pasados, pueden cometerse graves errores y caerse en peligrosas afirmaciones dogmáticas. Estos peligros son más frecuentes cuando se

trata de dar una interpretación médico-biológica de la historia y de sus personajes. Marañón lo advierte así en la "Introducción a su ensayo sobre Enrique IV" y pone de presente cuan relativas son las conclusiones a que puede llegarse cuando un médico se mete de rondón armado de un bisturí a los campos históricos.

Veladamente se entrevé en esa posición del Maestro, una actitud crítica hacia el insoportable dogmatismo que distinguió los escritos de Freud, quien también hizo interpretaciones y estudios históricos alumbrados por la eneguedora luz del psicoanálisis.

Marañón si bien nunca se arrepintió de la etapa sexológica de su formación científica a la cual consagró su juventud y su primera madurez, la superó justamente cuando el hombre supera en la vida los pungentes problemas del sexo.

Cuando Marañón corona la etapa de los cincuenta años, ya no es el sexólogo a **outrance** sino el filósofo de la clínica, el escritor-historiador y el académico que en sus obras mejores vela con discreción y con escepticismo, las hirientes puntas del sexo en la vida de sus personajes. Así su obra médica se ensancha y profundiza sobrepasando los límites de lo puramente endocrino sexual para entrar al resto del campo de la medicina interna que se convertirá de ahora en adelante en su disciplina científica predilecta.

De aquí en adelante marchan paralelos el médico y el escritor histórico-literario. Aparece su obra sobre la Enfermedad de Addison, apoyada sobre la más vasta experiencia personal —más de un millar de casos— que médico alguno en Europa y en el mundo haya podido reunir, y por esa misma época aparecen sus tres grandes biografías sobre Tiberio, el Conde-Duque de Olivares y Antonio Pérez, el tenebroso secretario de Felipe II.

Marañón ejerce dos profesiones simultáneas: la de médico investigador y la de escritor de temas históricos y literarios.

Desde tiempos inmemoriales han estado unidas en más de uno de los grandes escritores, las dos vocaciones de médico y de escritor. Ello fue particularmente cierto cuando la profesión médica era una actividad eminentemente privada, sin la nefasta intervención de terceros y que se ejercía con el amor y la caridad de las grandes misiones del hombre en la tierra. Larga y brillante es la nómina de médicos que sin dejar de serlo escribieron a la vez, magníficas obras literarias o esculpieron inmortales obras de museo, como Leonardo da Vinci, que fueron médicos y filósofos, como Miguel Servet y Descartes; médicos y matemáticos como Galileo; médicos y naturalistas como Paracelso, Linneo o Metchinikoff; médicos y arquitectos como Cristopher Wren, el primero que aplicó medicación por vía intravenosa y autor de los planos arquitectónicos de famosos edificios londinenses; médicos y músicos como Leopoldo Auenbrugger, descubridor de la percusión y autor de una ópera para la Emperatriz María Teresa de Austria; médicos y poetas como Federico Schiller, o médicos y novelistas como León Daudet, Paul Bourget, Alexis Carrel, Georges Duhamel, Conan-Doyle, Sir William Osler y Pío Baroja. La nobleza de la carrera médica hizo que uno de sus cultores, Petrus Hispanicus, alcanzara la dignidad de Pontífice de la Iglesia Católica, bajo el nombre de Juan XXI y el honor

de ser colocado por Dante en el Paraíso de su Divina Comedia. Esa larga lista finaliza con los médicos que fueron célebres políticos, como Clemenceau y el actual presidente de la república del Brasil (Jaime Jaramillo Arango: comunicación personal).

Marañón escribió, pues, grandes tratados de medicina interna, como el "Manual de Diagnóstico Etiológico", a nuestro parecer la obra de mayor madurez y profundidad científicas del Maestro español. Al mismo tiempo que, como decíamos arriba, escribía sus mejores biografías.

Ello fue posible por la metódica disciplina de trabajo que Marañón tuvo siempre en todo su fecundo medio siglo de existencia como escritor. Si bien la medicina le prestó luces y recursos para interpretar la historia y ésta está en la base de todos sus estudios médicos, Marañón no se dejó contaminar de los graves peligros que amenazan al médico escritor como son: el escepticismo, el cientificismo y el dogmatismo. Contra estos dos últimos escribió rotundas páginas de condenación en su ensayo: "La Medicina y Nuestro Tiempo".

Los últimos veinte años de la vida del Maestro español son los de la etapa toledana y su absoluta devoción por su personaje central: El Greco.

Puede decirse que Marañón tuvo dos grandes amores que sintetizaban su honda devoción por España: en lo científico, exaltar la vida y la obra de Benito Jerónimo Feijoo y en lo artístico agotar como lo hizo el tema de Toledo y El Greco.

En su libro sobre las ideas biológicas del Padre Feijoo, Marañón hace mucho más que la biografía del inmortal sacerdote benedictino y se extiende en un estudio histórico de la medicina del 1700 que le sirve para demostrar la calidad médica del monje.

Vista a la luz de la medicina técnica de ahora, no es fácil de explicar la honda devoción de Marañón por el sabio monje de Oviedo, porque éste no era en realidad un científico metódico. Las dos raíces que alimentan el amor de Marañón por Feijoo son el humanismo y el españolismo, características que brillaron en ambos personajes.

La historia como disciplina de trabajo es en Marañón casi la columna vertebral de todas sus actividades. Marañón no dejó escrita propiamente una obra de Historia de la Medicina, pero saturó de criterio histórico todas sus biografías, sus estudios médicos y sus grandes conferencias magistrales de catedrático y de académico.

En verdad no se concibe a los grandes médicos sin que la historia universal y la de su profesión les ilumine el camino. Médico que no sepa o que ignore redondamente los puntos cardinales de la historia de la medicina, es apenas un modesto práctico, sin brillo alguno y sin vuelo. Será torpe en el consejo a sus pacientes, porque ignora la evolución histórico-natural de las enfermedades que se aprende más y mejor leyendo y repasando los grandes tratados de la medicina clásica de los maestros del siglo pasado. Será incapaz de hacer un pronóstico certero, fina capacidad intuitiva que poseían los médicos antiguos, hoy totalmente desaparecida. En cambio desorientará a su enfermo con cifras estadísticas y porcentuales acerca de su enfermedad creyendo que ésta se puede reducir mansamente a curvas y promedios.

Cuando en 1940 sobreviene el colapso militar de los países europeos, se opera en la medicina una tranquila revolución de métodos y sistemas. Es el aparecimiento, dominio y triunfo al parecer definitivos de la medicina sajona, que deben analizarse aquí porque fue uno de los más pungentes temas de que se ocupara el Maestro español en sus trabajos científicos de los últimos veinte años.

Primero que nadie entrevió que la introducción e imposición casi forzosa de los sistemas sajones en la enseñanza, en la investigación y en la práctica de los médicos europeos y americanos, no era un hecho banal que pudiera dejarse pasar desapercibido, sino un profundo trastorno orgánico en el cuerpo de la medicina clásica europea; trastorno que afectaba a la ciencia misma, al médico, al enfermo, al estudiante y que por ello no podía dejar de afectar también, como lo ha hecho, a la sociedad contemporánea.

Desde España, cruce de los caminos científicos y tierra de ensayo para toda nueva teoría del conocimiento humano, Marañón vigilaba atento la progresiva deformación del viejo espíritu hipocrático de la medicina clínica, para ir siendo substituído por la introducción del tecnicismo mecánico en las delicadas tareas del diagnóstico. Nunca quiso creer Marañón que esto fuera más que una moda, pero desafortunadamente se quedó corto y erró en sus apreciaciones. La revolución intelectual y moral introducida por el tecnicismo pseudo-científico en el cuerpo de la medicina, ha sido más honda y más grave de lo que entreviera el Maestro español. En el breve lapso de veinte años desaparece de la medicina humana el diálogo íntimo y directo entre médico y enfermo; se olvida completamente el uso de la farmacopea clásica, para ser sustituida por la industria y el comercio de las drogas. Se interpone entre el paciente y el médico, el instrumento óptico, la pipeta del laboratorio, el aparato mecánico del cirujano y todo se tecnifica, se mecaniza y se deshumaniza. Alteración parecida ha ocurrido en la enseñanza de la medicina que ahora se hace apoyada en estadísticas, en curvas geométricas, en películas cinematográficas y en grabados murales de color, técnicas todas que tratan de reemplazar la idea y que ahorran al estudiante el duro y normativo esfuerzo de pensar.

Esta es, someramente descripta la medicina sajona, extendida como una mancha de aceite por todo el continente americano.

Fieles al espíritu de Marañón y de los grandes clínicos europeos de los siglos XIX y XX, proclamamos aquí usando una candente frase del olvidado doctor Letamendi: "A la medicina humana de hoy, le sobran ranas y le faltan hombres". Abogamos por una medicina humanística, integral, de la totalidad de la persona y no creemos que una lámina microscópica o una reacción de laboratorio, o la introducción de una lente óptica, puedan reemplazar al talento, al criterio y al corazón del médico y del enfermo en la certidumbre del diagnóstico y en la eficacia de la terapéutica.

Don Gregorio Marañón profesó durante cuarenta años la cátedra de Medicina Clínica en la Universidad Central de Madrid, y fundó en ella su propio Instituto de Patología e Investigaciones Médicas. Además era Director de Investigaciones Científicas del Instituto Ra-

món y Cajal. A todas estas entidades les imprimió el sello de su personalidad profunda: No ir más allá del enfermo.

Su material clínico de más de un centenar de miles de pacientes examinados y medicados en el hospital y en su consultorio privado, el más alto número de pacientes de cualquier médico de Europa, sirvieron para darle una irrefutable autoridad en el diagnóstico. Era norma suya deducir todas las conclusiones del enfermo y no hacer leyes médicas sobre tubos de ensayo, ni sobre animales de laboratorio, ni sobre muertos disecados. Si fallan tanto los postulados que se edifican sobre el hombre mismo, cómo no fallarán los que se levantan sobre la base de arena movediza de la pipeta, del microscopio o del tejido conservado en formol.

Dar pocas medicinas alterantes y respetar el curso que la naturaleza imprime a la enfermedad.

Sin ser un neófito de la medicina psicosomática, la practicaba y la enseñaba todos los días: el hombre hace enfermedades en su espíritu que se recogen en su cuerpo y sufre alteraciones en su cuerpo que se captan en los poros de su espíritu.

Mientras el hombre no se liberte del temor a sus propias limitaciones, la enfermedad lo envolverá y atacará en cuerpo y espíritu y el hombre así enfermo en su totalidad, va en busca del binomio hombre-médico, pero admira, respeta y acata más al hombre que al simple científico. El médico que no lo sea, acertará sólo a quitar un dolor, pero no a curar a su enfermo.

Esta es a golpes de hacha, en torpe lenguaje, pero nacida misma del hontanar del recuerdo y del corazón, la fiel imagen de mi Gregorio Marañón.

Fue un grande español que al igual que Cajal, desbordó los límites de su patria para convertirse en un gran europeo, siguiendo las huellas de los grandes valores humanos de España. Sin algarazas, sin gestos altivos, sin ruido, trabajando incansablemente, sirviendo cincuenta años una profesión, la más usuraria y dura de las profesiones y haciendo de ella una cátedra permanente dentro y fuera de la Universidad española. Rindiendo culto fervoroso a los grandes españoles desaparecidos a quienes exaltó en sus libros y en sus ensayos. Tal vez nadie escribió con más autoridad, más conocimiento y más afecto sobre Feijoo, sobre Luis Vives, sobre Miguel Servet, sobre Felipe II, sobre el Conde-Duque de Olivares, sobre Cánovas, sobre Pérez Galdós, que don Gregorio Marañón.

Veinte años consecutivos vivió en Toledo y se inspiró en la gloriosa historia de la ciudad de piedra para escribir sobre El Greco.

Tres veces viajó a América y sobre ella escribió páginas de médico y de sociólogo y durante un cuarto de siglo dispensó a estudiantes y a médicos colombianos la más generosa y cordial acogida. La endocrinología hispano-americana fluyó desde su nacimiento de las páginas de los libros de Marañón, de su voz y de sus manos.

La medicina universal necesita tal vez más que ninguna otra disciplina humana, alimentarse con avidez del recuerdo de sus figuras heroicas. La vida, la obra, el ejemplo, la persona y el nombre del españolísimo Gregorio Marañón y Posadillo, son desde ahora fanal in-

deficiente que alumbrará durante muchos años el accidentado camino de los médicos y de la medicina del hemisferio occidental.

BIBLIOGRAFIA:

- 1) — *Ramón y Cajal S.*: “Reglas y Consejos sobre Investigación Científica”. Madrid, 1940.
- 2) — *Cannon Doroty F.*: “Vida de Santiago Ramón y Cajal”. Biografías Ganesa. México, 1951.
- 3) — *Marañón Gregorio*: “Cajal, su Tiempo y el Nuestro”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1951.
- 4) — *Marañón Gregorio*: “L’Evolution de la Sexualité et les Etats Inter-sexuelles”. Gallimard.
- 5) — *Marañón Gregorio*: “Tres Ensayos sobre la Vida Sexual”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1951.
- 6) — *Marañón Gregorio*: “Las Ideas Biológicas del Padre Feijoo”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1941.
- 7) — *Marañón Gregorio*: “La Medicina y Nuestro Tiempo”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1951.
- 8) — *Marañón Gregorio*: “Tiberio. Historia de un Resentimiento”. Edit. Espasa Calpe. Argentina. Tercera Edición. 1944.
- 9) — *Marañón Gregorio*: “Elogio y Nostalgia de Toledo”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1951.
- 10) — *Marañón Gregorio*: “El Conde-Duque de Olivares”. Edit. Espasa Calpe. Madrid. Tercera Edición. 1952.
- 11) — *Marañón Gregorio*: “El Greco y Toledo”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1956.
- 12) — *Marañón Gregorio*: “Efemérides y Comentarios”. Edit. Espasa Calpe. Madrid, 1954.
- 13) — *Almodovar y Warletta*: “Marañón, o una vida fecunda”. Edit. Espasa Calpe. Madrid. 1952.